



Misa de la Coronación Canónica de la imagen

de Nuestra Señora de los Dolores

Alicante, 8 de octubre 2017

Después de una larga e intensa preparación, ha llegado el día tan esperado; y acudimos a esta celebración para acoger la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía, junto a la imagen entrañable de María, Nuestra Señora de los Dolores, que vamos a proceder a coronar en el marco del Centenario de la Hermandad que la tiene como titular junto al Cristo del Mar y a San Juan de la Palma.

La devoción a Nuestra Señora de los Dolores se remontan en sus raíces al Calvario, al momento al que nos ha trasladado el Evangelio que acabamos de escuchar, a aquel primer Viernes Santo, cuando solo unos pocos, entre los que se encontraba María, la madre del Señor, fueron capaces de quedarse junto a Jesús Crucificado.

El Evangelio de Juan, en unas pocas líneas, nos narra el extraordinario misterio de la presencia de María, que siente como madre un profundo dolor en su corazón, y que permanece junto al Hijo, fiel al pie de la Cruz, y recibe de Él como una nueva misión. Tal vez en aquel momento María volvió mentalmente hasta el encuentro con Simeón, y comprendió plenamente las palabras que el anciano le había dicho: “Este está destinado para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción -¡a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones” (Lc 2,33-35). Podríamos decir que la “hora” que Jesús esperaba era también la “hora” de aquella madre. No se puede separar aquel Hijo de aquella Madre, tanto en la pasión dolorosa como en la resurrección.

La Pasión de Jesús, sin duda, es una narración marcada por la violencia y la traición –valga el eco del significado el Evangelio de la Viña que leemos

este domingo-, pero no es solo eso: de aquella Cruz brotó un canto a la vida que renace. Desde la Cruz, Jesús no pide consuelo para Él, como habríamos hecho nosotros, no invoca compasión para Él –y con ello nos ofrece un ejemplo de inmenso amor- no sólo se desprende del único bien que le queda, su Madre, sino que lo hace preocupándose por aquel pequeño grupo que está a los pies de su Cruz, ante todo, de su Madre y del joven discípulo al que amaba.

En el discípulo vemos el rostro de cada uno de nosotros. Jesús nos confía a todos el cuidado de su Madre, María, de la Iglesia, de la comunidad de los creyentes. Y viceversa, le confía a María el cuidado de todos nosotros. No quedamos abandonados a un mundo, a una sociedad que muchas veces es madrastra con sus hijos. Jesús le pide a María que sea también nuestra madre. Le confía una tarea, una misión: la de ser Madre de todos.

Los antiguos decían que nunca se habla suficiente de María, de esta Madre. De algún modo es totalmente cierto: María es la primera de los creyentes, la primera que tiene un corazón como el de su Hijo. Y las numerosas imágenes de la Virgen de los Dolores que se han extendido por el gran pueblo de los creyentes dan fe, son una muestra no sólo de que la necesitamos como Madre, sino sobre todo de que la hemos encontrado, o mejor dicho, se nos ha dado. Ella es el gran regalo, el don sorprendente de Jesús desde la Cruz. Es tarea nuestra acogerla. Muestra de esa acogida son, en la historia aquí vinculada, las Congregaciones Marianas que surgieron con la devoción a esta imagen entrañable de Nuestra Señora de los Dolores, a la que generaciones de hijos de Alicante han invocado y rezado en diversas circunstancias y que nos han legado el amor hacia ella. La coronación de su imagen hoy, en esta celebración, es expresión de ese amor y devoción, especialmente de su hermandad; es expresión de nuestra acogida, como la de S. Juan.

Evidentemente lo que escribe el evangelista para aquel joven discípulo es cierto también para nosotros: “Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa”. Este sencillo episodio al pie de la Cruz muestra realmente la gran –la primera- victoria de la vida sobre la muerte. Sí, la vinculación que nace entre aquella madre y aquel discípulo constituye el primer fruto de la cruz, allí mismo.

Mientras todo parece terminar y los enemigos de la justicia y del Evangelio cantaban victoria, de la voz de un injusticiado nace una nueva relación, una

entrañable y única vinculación entre el joven discípulo y la madre ya mayor. Es el primer signo de la Resurrección o, si preferimos, el primer fruto de la muerte de Jesús, aun junto a su cuerpo entregándose y al pie de la misma cruz. Allí era derrotada la ley del amor por uno mismo y empezaba una comunión nueva: una pequeña familia, unida no por la carne y la sangre, sino por el amor del Señor crucificado.

Queridos hermanos, hijos de la Iglesia que peregrina en Orihuela-Alicante: Pidamos al Padre de los cielos que nos conceda la entereza y fidelidad llena de amor que nos mostró María. Y así sepamos mantenernos fieles, junto a la Cruz de Jesús y llenos de compasión junto a las cruces de cada uno y de aquellos que nos necesitan.

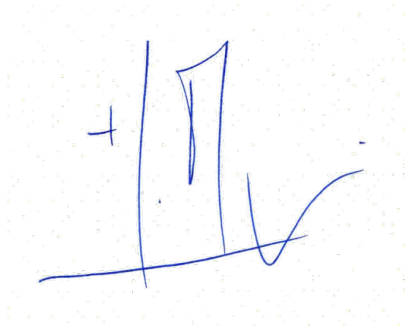
Pidámosle tener la capacidad de acoger a María, como Juan, porque seamos merecedores de que Jesús nos la siga dando como Madre, y nosotros capaces de acogerla con prontitud no sólo en su imagen, sino en su ejemplo, en nuestra vida. Pidámosle el don del Espíritu Santo, para participar del amor de Jesús capaz de dar su vida, haciéndonos instrumentos de su salvación en casa, en el trabajo, en la sociedad.

Vivimos, además, unos tiempos históricos muy complejos. No dejemos de rezar por nuestro país, porque predomine la capacidad de unir y armonizar lo que es diverso. Vivamos, con pasión también, estos tiempos de la Iglesia guiados por Papa Francisco. Tiempos en los que –como nos pide reiteradamente- el encuentro y el entusiasmo por Jesús nos haga una Iglesia “hospital de campaña”, llena de misericordia, que nos hace salir ante las pobrezas del momento presente a ofrecer la medicina y la alegría del Evangelio.

Hermanos: la mejor corona para una madre son sus hijos. Que junto a la corona que imponemos a María, Nuestra Señora de los Dolores, como signo de amor y veneración ella contemple la corona que debemos ser nosotros mismos, la corona de nuestra fe viva, de nuestra esperanza en Dios a pesar de las presentes dificultades, y, sobre todo, de nuestra caridad, materializada en la corona social a la Virgen que os sugerí y que se ha traducido, como ha recordado en el saludo el Sr. Cura, en la implantación de Cáritas Parroquial, expresión de nuestra caridad diaria.

Que esta Eucaristía en la que recibiremos el Cuerpo de Cristo, el mismo cuerpo nacido de María, siempre Virgen, sea fuerza para cumplir cuanto

hemos pedido y cuanto se nos pide como voluntad del Padre. Que
recomos por los que habéis hecho posible este acto, y por toda la
Hermandad, y sobre todo, por cuantos necesitan más del amor del Señor y
de nuestra Madre. Así sea.

A handwritten signature in blue ink, appearing to be 'J. Murgui Soriano', written over a faint, dotted grid background.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.